

habrían llevado. Entonces Pilatos les dijo que le juzgaran por sí mismos y según su ley. El sanedrín tenía el derecho de excomulgar, de encarcelar, de condenar a ser vapulado. Pilatos, satisfecho con haber encontrado la manera de desentenderse de aquel asunto, les anima de que usen de aquel medio. Pueden hacerlo sin recurrir á él. Mas no era eso lo que pretendían los judíos, que deseaban una sentencia capital. «Bien sabéis, le dijeron, que no nos está permitido matar á nadie, y éste ha merecido la muerte.»

Desde las primeras palabras, los judíos se veían obligados á cambiar de plan. Habían creído que Pilatos aceptaría pura y sencillamente su sentencia, y que la haría ejecutar. Ahora se necesitaba un proceso en regla ante el Gobernador romano. Y como ellos conocían perfectamente que Pilatos haría poco caso de las quejas religiosas aducidas contra Jesús, se vuelven en seguida é intentan contra él una acusación política. Fué su segunda maniobra. «Le hemos encontrado, dijéronle, pervirtiendo á nuestro pueblo, prohibiendo pagar el tributo á César, y llamándose el Cristo, es decir, el Rey.»

«¡Qué infamia!, nota justamente el abate Mislín. Esos judíos que con tanta impaciencia sufrían el yugo de los romanos, que tramaban contra ellos conspiraciones en todas las ciudades de Siria, y que pocos años después de la muerte de Jesús acabaron por promover la completa destrucción de su patria dando la señal de una insurrección general contra Roma; esos mismos judíos llevaron ahora la hipocresía al extremo de constituirse en acusadores de un compatriota, imputándole un crimen que respira en el corazón de todos ellos, menos en el del acusado.»

«¡A éste hemos hallado pervirtiendo á nuestro pueblo, prohibiendo pagar el tributo á César, y proclamándose Cristo Rey!.....» ¡Cuántas calumnias! ¡Habían olvidado que Jesús había dicho: «Dad al César lo que es del César, y que huyó cuando intentaron proclamarle Rey!»

Así, de jueces que pretendían ser, se convirtieron en meros acusadores, y reconociendo su dependencia, concedían á Pilatos su verdadera posición. Y como el hecho articulado era un hecho político, y hasta aquel por el cual mejor era dado excitar los temores de la política romana, Pilatos, no obstante el fastidio que le causaba aquel asunto, no podía echarlo á un lado. Entra, pues, en el pretorio, se sienta en su tribunal y comienza el proceso. Jesús está en pie delante de él. Le pregunta: «¿Es cierto que eres el rey de los judíos?»

Aquí había que hacer una distinción. ¿De qué cetro se trataba? ¿De un cetro político ó de un cetro religioso? Jesús le respondió pues: «Dices eso como cosa tuya? (*¿hablas como romano?*) ¿ó solamente eres eco de

los judíos?» Pilatos se impacienta: «¡Yo judío! Tu pueblo y tus sacerdotes te han entregado á mí; ¿qué has hecho? ¿Es cierto que te dices rey?»

Jesús entra en la cuestión en el terreno en que él la había puesto. En sentido romano, no es rey; lo es en sentido judío de un reino puramente espiritual y religioso: «Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, sin duda los míos combatirían para que no fuese yo entregado á los judíos; pero mi reino, en cuanto al presente, no es de este mundo.» En el mismo instante Pilatos, abandonando la idea del reino en sentido romano, y no prestando oídos más que á su curiosidad, apremia á Jesús para que explique su pensamiento, y repuso: «Así, pues, ¿tú eres rey?»

Jesús replicó: «Sí, tu lo dices, SOY REY.» David había cantado: «El Señor me ha establecido Rey sobre su santa montaña de Sión (*la Iglesia*) para anunciar sus mandamientos.»

Jesús, que continúa respondiendo á Pilatos, describe del mismo modo su soberanía: «Yo no he nacido y no he venido al mundo sino para dar testimonio de la verdad. Aquel que es del partido de la verdad oye mi voz.» Pilatos exclamó entonces: «¿Qué es la verdad?» Y sin esperar la respuesta, salió para ir junto á los judíos.

No hay en todo el Evangelio rasgo histórico más notable que este. No sólo pintan para siempre á los grandes y jueces de la tierra, sino que nos da el resumen práctico de toda la filosofía, la última palabra de la sabiduría humana.

El romano, al oír aquella palabra, no espera una contestación, seguro como se halla de que no hay contestación para ella: Medio se ve en los labios de Pilatos como una sonrisa al oír aquellas palabras. El personaje que tiene en su presencia puede ser un soñador, un poeta, un profeta, como dicen los judíos; pero de seguro no es un rival muy temible para César. Por otra parte, la dignidad, la modestia de Jesús despiertan en él el sentimiento de la equidad romana. Sale del Pretorio, sube al *Bimá* y dice á los judíos: «Nada criminal encuentro en este hombre.»

Tal decisión da á conocer que el juez estaba instruido en lo que concernía al acusado, y que no se dejaba engañar por los clamores de los judíos. La cuestión parecía terminada, mas los judíos insisten. Alegan como prueba aquellos movimientos populares que habían comenzado en Galilea y que acababan, el día de los Ramos, de propagarse hasta Jerusalén: «Subleva al pueblo con la doctrina que predica por toda la Judea, desde la Galilea, en donde comenzó, hasta aquí.»

Al juez tocaba pedir pruebas; pero Pilatos, sin saber que hacerse, miró á Jesús y le dijo: «¿No oyes cuantos testimonios acumulan contra tí? ¿No respondes algo?» Pero Jesús no profirió una sola palabra, de suerte que el gobernador estaba sumamente asombrado.

¡Gran asombro y gran apuro! Pilatos no sabía qué hacer; no comprendía qué habiéndole dicho Jesús lo que bastaba á ilustrar su conciencia, no le debía ya nada, y que á él, juez, le tocaba defender al hombre á quien encontraba inocente. Pilatos tenía la desgracia de ser de esos hombres que se cuidan poco de saber lo que es la verdad, siendo siempre débiles ante la mentira poderosa. Por esto buscan manera de conciliar sus propios sentimientos con las exigencias de las circunstancias; Pilatos busca conciliar los suyos con las exigencias de aquel pueblo fanático. Encontró un medio que no carecía de habilidad, pues los judíos comprendiendo al momento la ventaja que les daba la debilidad de Pilatos, se pusieron á clamar más y más fuerte, repitiendo «Subleva al pueblo con la doctrina que predica en toda la Judea, desde la Galilea, en donde comenzó, hasta aquí.» Pilatos acaba de oír decir que Jesús es galileo, coge al vuelo la frase, y como Herodes, bajo cuya jurisdicción estaban los galileos, se hallaba precisamente en Jerusalén, se lo envió. Así se desentendía Pilatos de un asunto que empezaba á molestarle.

Para continuar siguiendo al Salvador, hemos bajado por las calles relativamente limpias de los armenios, introduciéndonos después en las hediondas en que hormigean los judíos ocupados en su menudo comercio, para ir á parar al Pretorio.

Al Pretorio ó sala del tribunal subíase por una grada de veintiocho peldaños. Esta escalera que subió el Redentor, llamada *Scala Sancta*, está actualmente en Roma, á donde fué trasladada por disposición de Constantino, en la Basílica de San Juan de Letrán. Los fieles, que la suben de rodillas, hanla gastado, de modo que se ha cubierto de madera de nogal, cuyo enmaderamiento ha debido renovarse varias veces.

No lejos del templo, en la parte septentrional, se levantaba la torre Antonia, de la que aun se ven sus inmuebles fundamentos. Era al mismo tiempo fortaleza y residencia del príncipe. Pilatos ocupaba el centro, y allí fué en donde interrogó á Jesús privadamente. Después de haber subido al sitio que hacía ganar la escalera citada, atravesado un patio, se hallaba á la izquierda el Pretorio. Este, pues, ó sea el tribunal en donde Pilatos tenía sus públicas audiencias, formaba un edificio separado en frente de un patio; aquí, en este patio con pavimento de mo-

saico, *Lithóstrotos*, permanecieron los judíos, y desde allí exigían á Pilatos la muerte del Justo.

Sobre sus ruinas aparece un cuartel y un convento de religiosas. En un país donde todo es extraordinario no admira este contraste singular.

Los antiguos cristianos convirtieron el Pretorio en iglesia, y los aposentos en capillas. Una y otros fueron derribados por la piqueta demolidora de los sarracenos. Hoy, una pequeña mezquita que guarda un santón musulmán, señala el lugar en que sufrió Jesús el sangriento ultraje de la coronación de espinas.

La morada de Herodes, sita como estaba en la colina de Acra, distaba poco del Pretorio; se hallaba á unos ciento ocho pasos de la puerta del palacio de Pilatos. Era de piedras blancas cuadradas, entremezcladas con otras negras, nos transmite Goujon, formando una hermosa fachada, tal vez la más vistosa de toda la ciudad, á pesar de no ser su entrada de las mejores. Frente la puerta tenía un pórtico, en cuyo fondo se honraba el lugar, convertido en iglesia, en el cual Herodes hizo que por mofa se diese al Salvador la túnica blanca. Una piedra de mármol incrustada en la pared recordaba este misterio. Encima estaba la gran sala en que el Salvador fué presentado á Herodes. Tenía esta pieza quince pasos en cuadro, con cuatro arcos que venían á descansar sobre una columna central.

Llegábase á este palacio por una escalera de suave pendiente cerca del arco del *Ecce-Homo*, detrás del convento de las Hijas de Sión. En la actualidad está completamente demolido, no quedando de él sino algunas piedras de los cimientos. El resto está ocupado por informes construcciones.

Dice el Evangelista que Herodes Antipas tenía curiosidad de conocer á Jesús, por lo mucho que había oído hablar de él.

El tetrarca de Galilea era hombre de muy distinto carácter que Pilatos. Era un libertino muy agudo. Turbado un momento después de la muerte de Juan Bautista é inquieto por la aparición de Jesús, había pronto serenado, y terminaba actualmente en paz una vida abominable. Había ahogado todo remordimiento. No se acordaba ni de sus adulterios, ni de sus incestos, ni de aquella ensangrentada cabeza que en una fuente le habían presentado. Riéndose de todo, no creyendo en nada, voluptuoso, rodeado de una corte licenciosa y estragada, sintió viva impresión de alegría al saber que Jesús le era enviado por Pilatos. ¡ Hermosa ocasión de mostrar su talento, luchando con aquel personaje extraordinario de quien tanto había oído hablar! Y luego, en

consideración á un rey como él, Jesús consentiría, sin duda, en hacer algún milagro en su presencia. Sería un entretenimiento.

¿Qué hará Jesús? Como Juan Bautista ¿le echará en cara resueltamente sus crímenes? No; procede muy de otra manera. Herodes le interroga, le apura con preguntas. Jesús le mira y nada responde. Ni una palabra, ni una señal. «Herodes, dice San Lucas, comenzó á interrogarle con gran lujo de palabras; mas Jesús no respondió nada». Es el único de los jueces á quien Jesús trató así. Habló á Caifás, á su suegro Anás, hasta á los criados que le abofeteaban; habló á Pilatos. Únicamente á Herodes es á quien no habló. Nada, ni una palabra, no obstante la multiplicidad y la persistencia de sus interrogatorios. Se calla y le mira. El incestuoso monarca, asesino de su Precursor, no fué digno de escuchar palabra alguna del más indulgente de los hijos de los hombres.

La herida fué profunda para el corazón de Herodes. Este príncipe y sus cortesanos se ofendieron con semejante silencio. Desconcertado y furioso, trató á Jesús con irrisión, imitando á los criados de la casa de Caifás; púsole una túnica blanca semejante á la que solía ponerse á los locos, y de esta suerte le remitió á Pilatos, dando gracias á éste último por su cortesía, habiendo servido este suceso de motivo de reconciliación entre ambos personajes, divididos como estaban antes por antiguas enemistades.

Había imaginado, para salir del paso, un expediente muy hábil; imagina en seguida otro que no lo es menos.

En la solemnidad de la Pascua, el pueblo tenía el derecho de poner en libertad á un penado, y como hubiera en la cárcel de Jerusalén un famoso malhechor llamado Barrabás, sedicioso, ladrón y asesino, á su juicio la elección no era dudosa; el pueblo no vacilará entre dos hombres tan diferentes, y el negocio está arreglado. Una circunstancia muy singular llegó á hacer más vivo el deseo de Pilatos de no condenar á Jesús: envióle su mujer á decir que no se mezclara en la causa de aquel justo, porque por causa de él había sufrido mucho en un sueño que había tenido aquel mismo día.

Sube, pues, al *Bimá*, y dice á la multitud: «¿A quién queréis que dé libertad, á Barrabás ó al rey de los judíos?» Al oír esto, los príncipes de los sacerdotes conocen que su presa va á escapárseles. Se distribuyen entre los grupos y les excitan vivamente para que elijan á Barrabás. Animada, pues, por ellos, toda la multitud se puso á gritar: «El no, él no, sino Barrabás! ¡Muera Jesús! ¡Que Jesús nos sea entregado!» Esa multitud preferirá siempre á Barrabás, porque todo aquél que hace mal

ó quiere hacerlo, pide que se encadene á Jesucristo y que se quiten las cadenas á Barrabás.

Pilatos se ve más apurado que nunca. imagina el tercer medio.

El cortejo se pone en marcha; la multitud, acrecida con la emoción de aquel viaje y de aquella escena, se apiña otra vez en torno del tribunal romano, y, no obstante su repugnancia, Pilatos se ve obligado á presentarse de nuevo. Comienzan otra vez para el débil Presidente romano las vacilaciones y temores.

Pilatos no quería condenar á Jesús, y no atreviéndose á libertarle por un acto de su autoridad, proclama solemnemente la inocencia de Jesús, reconocida en todas partes, es decir, apóyase en el testimonio de Herodes, y propone además un arreglo á aquella turba furiosa. «Ya sabéis, les dijo, que no he encontrado crimen en este hombre, y que lo mismo le ha sucedido á Herodes. Así, pues, no merece la muerte; mas haré que le castiguen y le enviaré á otro lugar».

Esta sentencia envuelve una reconocida injusticia. El hábil romano pensaba en el axioma jurídico: *Non bis in idem*, y que cuando Jesús hubiese sido flagelado, no se le pudiera matar. No veía que esta inicua concesión revelaba á todos su debilidad, y le entregaba anticipadamente á enemigos más resueltos que él.

Los fariseos comprenden el plan de Pilatos: advierten que nuevamente se les escapa su presa. Redoblan su audacia. No se oye más que un grito en la multitud: «¡Crucifícale! ¡Crucifícale!»

Pilatos ensaya el resistir. Su respuesta respira indignación. «¿Qué daño, pues, ha hecho?» les repite. «Nada encuentro en él que merezca la muerte. Voy á mandarle azotar y después le entregaré». Y por más que insistiesen y gritasen que fuese crucificado, y que redoblasen su gritería, Pilatos mandó ejecutar la sentencia.

La flagelación, tal como se practicaba entre los romanos, era una pena tan cruel, que con mucha frecuencia el reo sucumbía á ella. El látigo estaba formado de correjuelas, cuyo extremo se hallaba armado de pedazos de hueso ó de plomo. El reo recibía los golpes, atado á un poste pequeño, de suerte que tuviese encorvada la espalda y extendida la piel.

A la memoria y veneración de tan horrible tormento está dedicada la capilla de la Flagelación, capilla antiquísima, reparada sin duda en distintas épocas, la cual fue arrebatada á sus legítimos poseedores, los Padres de San Francisco, en 1618, por Mustafá Bec, hijo del entonces bajá de Jerusalén, para convertirla en caballeriza. Este sacrilego despojo dió origen al siguiente milagro: Mustafá hizo alojar allí cierta